24º Domingo del Tiempo Ordinario

La Palabra de Dios que este domingo se nos propone habla del perdón. Nos presenta a un Dios que ama sin cálculos, sin límites, sin medida, e invita a tomar la misma actitud para con los hermanos que caminan a nuestro lado.

El Evangelio nos habla de un Dios lleno de bondad y de misericordia que derrama sobre sus hijos, de forma total, ilimitada y absoluta, su perdón. Los creyentes son invitados a descubrir la forma de ser de Dios y a permitir que la misma actitud de perdón y de misericordia sin límites y sin medida dirija su relación con los hermanos.

La primera lectura deja claro que la ira y el rencor son sentimientos malos, que no convienen para la felicidad y la realización del hombre. Muestra lo ilógico de esperar el perdón de Dios negando el perdón al hermano; y avisa que nuestra vida en esta tierra no puede ser arruinada con sentimientos que sólo generan infelicidad y sufrimiento.

En la segunda lectura Pablo sugiere a los cristianos de Roma que la comunidad cristiana tiene que ser el lugar del amor, del respeto mutuo, de la aceptación de las diferencias, del perdón. Nadie debe despreciar, juzgar o condenar a los hermanos que tienen puntos de vista diferentes. Los seguidores de Jesús deben tener presente que hay algo fundamental que les une a todos: Jesucristo, el Señor. Todo lo demás carece de importancia.

PRIMERA LECTURA

Perdona la ofensa a tu prójimo
y se te perdonarán los pecados cuando lo pidas

Lectura del Libro del Eclesiástico
27, 33 - **28**, 9

El furor y la cólera son odiosos:
el pecador los posee.
Del vengativo se vengará el Señor
y llevará estrecha cuenta de sus culpas.
Perdona la ofensa a tu prójimo,
y se te perdonarán los pecados cuando lo pidas.

¿Cómo puede un hombre guardar rencor a otro
y pedir la salud al Señor?
No tiene compasión de su semejante,
¿y pide perdón de sus pecados?
Si él, que es carne, conserva la ira,
¿quién expiará por sus pecados?

Piensa en tu fin y cesa en tu enojo,
en la muerte y corrupción
y guarda los mandamientos.
Recuerda los mandamientos
y no te enojes con tu prójimo,
la alianza del Señor,
y perdona el error.

Palabra de Dios.

1.1. Ambientación

El libro de Ben Sirá (también llamado "Eclesiástico"), de donde ha sido extraída la primera lectura de este domingo, es un libro sapiencial y que, como todos los libros sapienciales, pretende presentar una reflexión de carácter práctico sobre el arte de ser feliz.

Estamos en el inicio del siglo II antes de Cristo, en una época en la que el helenismo había comenzado su trabajo pernicioso, minando la cultura y los valores tradicionales de Israel.

Jesús Ben Sirá, el autor de este libro, está preocupado por la degradación de los valores tradicionales de su Pueblo y las cesiones que, sobre todo los más jóvenes, van haciendo a la cultura griega. La "fe de los padres" corre riesgo de desaparecer o, al menos, de perder su identidad.

Jesús Ben Sirá intenta, presentar una síntesis de la religión tradicional y de la sabiduría de Israel subrayando la grandeza de los valores judíos y demostrando que la cultura judía no tiene nada que envidiar a la brillante cultura griega. Por esa razón, escribió este compendio de "sabiduría". En él, quiere demostrar a sus compatriotas que Israel posee en la "Torah", revelada por Dios, la verdadera "sabiduría", una "sabiduría" muy superior a la "sabiduría" griega.

El texto que la liturgia de hoy nos propone forma parte de una sección (cf. Sir 24,1-42,14) donde Jesús Ben Sirá intenta demostrar que la "sabiduría", criatura de Dios, ofrecida a los hombres piadosos (cf. Sir 1,1-23,38), tiene un campo especial de acción en Israel, el Pueblo elegido de Dios.

Esta sección no tiene una estructura clara y coherente: los temas se van sucediendo, aparentemente sin orden lógico. Dominan, en ella, las "máximas" destinadas a enseñar los comportamientos que se deben asumir en las relaciones sociales.

Una nota de carácter práctico: nuestro texto aparece, en la mayor parte de las versiones recientes de la Biblia numerado como 27,30-28,7 y no como 27,33-28,9. Aquí, no obstante, conservamos la numeración 27,33-28,9, que es la presentada en el "Leccionario Dominical". Esta discrepancia es fruto del hecho de que el texto presentado por el "Leccionario" sigue una versión latina, más larga que la versión griega que sirve de base a las traducciones más recientes del Libro de Ben Sirá.

1.2. Mensaje

Jesús Ben Sirá enseña que la verdadera "sabiduría" está en no dejarse dominar por el rencor, por la ira y por los sentimientos de venganza. El "sabio" (esto es, aquel que quiera tener éxito y ser feliz), es aquel que es capaz de perdonar las ofensas y tener compasión por sus semejantes.

Particularmente interesante es la relación establecida aquí entre el perdón humano y el perdón divino: quien se niega a perdonar al hermano, ¿cómo podrá tener el coraje de pedir perdón a Dios? Mas, quien perdone las ofensas a los demás, podrá pedir y esperar el perdón del Señor para sus propias faltas.

Al menos dos siglos antes de Cristo el judaísmo ya había descubierto que existe relación entre el perdón que Dios nos ofrece y el perdón que él nos invita a ofrecer a los hermanos.

Para hacer más sugerente e impresionante su llamada, Ben Sirá invita a sus conciudadanos a acordarse de la muerte: "piensa en tu fin y deja de tener odio".

Ante la realidad final que nos espera, ¿qué sentido tienen los sentimientos de rencor, de ira, de venganza que alimentamos en esta tierra? ¿Podemos, con coherencia, esperar el perdón final de Dios, si nuestra vida la hemos vivido desde el odio y la venganza?

Fundamentalmente, tenemos aquí una llamada a invertir la lógica del "ojo por ojo, diente por diente", de forma que nuestras relaciones con los hermanos estén marcadas por sentimientos de perdón y de misericordia. Esa es la forma como el hombre construirá su felicidad en esta tierra; y es asumiendo esta forma de actuar como el hombre podrá pedir y esperar de Dios el perdón de sus faltas.

1.3. Actualización

Considerad, en la reflexión, las siguientes cuestiones:

- Todos los días, en los medios de comunicación, vemos noticias que nos llegan de todos los lugares del mundo y que nos recuerdan la actitud del "responder con la misma moneda".
  Para vengar ofensas reales o imaginarias, se desencadenan mecanismos de venganza que son responsables de la muerte de inocentes, de sufrimientos y dramas sin fin y de una espiral de violencia sin límites.
  ¿Este es el mundo que queremos?
  ¿La única forma de hacer respetar nuestros derechos y nuestra dignidad tiene que discurrir necesariamente por dejar a su aire nuestros instintos de venganza, de rencor y de odio?

- Ben Sirá establece una relación clara entre el perdón de Dios y el perdón humano. Es claro que no podemos decir que Dios no nos perdona si nosotros no perdonamos a nuestros hermanos (la bondad y la misericordia de Dios son infinitamente mayores que las nuestras); pero, si nuestro corazón está dominado por el odio y la venganza, ¿el perdón que Dios nos ofrece, podrá encontrar espacio en él?

Un corazón duro, violento y agresivo, incapaz de comprender las faltas de los demás, ¿estará suficientemente disponible para acoger la bondad y el amor de Dios?

- Ben Sirá recuerda, también, a propósito del perdón, el horizonte final del hombre (la muerte). No se trata, tanto, de avisar que si no nos portamos bien, Dios nos condenará -en esta época, el Pueblo de Dios todavía no parece tener una noción clara de que, más allá de esta vida, hay una vida eterna reservada para aquellos que eligen a Dios y sus valores-; se trata, sobre todo, de señalar que nuestra vida en esta tierra está marcada por la brevedad y por la futilidad y no puede ser arruinada por sentimientos que lo único que consiguen es afligirnos a nosotros mismos y a los demás.

- Muchas personas de nuestro tiempo piensan que sólo nos afirmamos, que sólo nos realizamos y que sólo triunfamos cuando somos fuertes y respondemos con fuerza y agresividad ante la fuerza y agresividad de los otros.
  Jesús Ben Sirá, sin embargo, enseña que la "sabiduría", el éxito y la felicidad del ser humano, no pasan por alimentar sentimientos de odio y de rencor, sino por cultivar sentimientos de perdón y de misericordia.
  ¿Quién tiene razón?
  ¿Qué es lo que nos da paz, lo que nos hace sentirnos en armonía con nosotros mismos, con Dios y con los otros y lo que nos hace más felices: los gestos violentos que muestran a los demás nuestra fuerza y apaciguan nuestro orgullo herido, o nuestros gestos de perdón, de bondad, de misericordia?

Salmo responsorial

Salmo 102, 1-4.9-11

V/. El Señor es compasivo y misericordioso,
lento a la ira y rico en clemencia.

**R/. El Señor es compasivo y misericordioso,
lento a la ira y rico en clemencia.**

V/. Bendice, alma mía al Señor,
y todo mi ser a su santo nombre.
Bendice, alma mía, al Señor,
y no olvides sus beneficios.

**R/. El Señor es compasivo y misericordioso,
lento a la ira y rico en clemencia.**

V/. El perdona todas tus culpas
y cura todas tus enfermedades;
él rescata tu vida de la fosa
y te colma de gracia y de ternura.

**R/. El Señor es compasivo y misericordioso,
lento a la ira y rico en clemencia.**

V/. No está siempre acusando,
ni guarda rencor perpetuo.
No nos trata como merecen nuestros pecados,
ni nos paga según nuestras culpas.

**R/. El Señor es compasivo y misericordioso,
lento a la ira y rico en clemencia.**

V/. Como se levanta el cielo sobre la tierra,
se levanta su bondad sobre sus fieles;
como dista el oriente del ocaso,
así aleja de nosotros nuestros delitos.

**R/. El Señor es compasivo y misericordioso,
lento a la ira y rico en clemencia.**

SEGUNDA LECTURA

En la vida y en la muerte somos del Señor

Lectura de la carta del Apóstol San Pablo
a los Romanos
14, 7 - 9

Hermanos:

Ninguno de nosotros
vive para sí mismo
y ninguno muere para sí mismo.

Si vivimos,
vivimos para el Señor;
si morimos,
morimos para el Señor.

En la vida y en la muerte
somos del Señor.

Para esto murió y resucitó Cristo,
para ser Señor de vivos y muertos.

Palabra de Dios.

2.1. Ambientación

En la segunda parte de la Carta a los Romanos (ya lo vimos en domingos anteriores) Pablo se preocupa en presentar a los cristianos de Roma (y a los cristianos de todos los lugares y tiempos) un conjunto de actitudes y de valores que deben marcar la vida personal, social y eclesial de aquellos a los que Dios llama a la salvación.

La segunda lectura de este Domingo nos sitúa en este contexto y nos presenta algunos datos más sobre esta cuestión.

Nuestro texto forma parte de una perícopa (cf. Rom 14,1-12) en la que Pablo da algunas indicaciones acerca de la conducta a tener frente a los demás miembros de la comunidad, particularmente frente a aquellos que tienen perspectivas diferentes a las de la fe cristiana.

Pablo considera que existen dos tipos de creyentes en la comunidad cristiana de Roma: los "fuertes" y los "débiles". Estas designaciones no parecen referirse, primordialmente, a la clase social ("ricos" y "pobres") o al origen religioso ("pagano-cristianos" y "judeo-cristianos") de esos creyentes, sino a actitudes diversas en relación con la fe.

Los "fuertes", en el lenguaje de hoy, podríamos caracterizarlos como "progresistas", son aquellos que ya se liberaron de la esclavitud de la Ley y de los ritos y consideran que sólo los valores del Evangelio son decisivos en el camino de la fe.

Los "débiles", en el lenguaje de hoy podríamos llamarles "tradicionalistas", son aquellos que hacen hincapié en las leyes, en los ritos y tradiciones antiguas y quedan esclavizados por el echo de que esos valores no sean asumidos por todos.

Muy probablemente, estos dos grupos vivían enfrentados, provocando una cierta división en la comunidad. Pablo no acepta actitudes de intolerancia o de desprecio hacia los hermanos, vengan de donde vengan.

En verdad, el pensamiento de Pablo está más próximo de los "fuertes", pero él sabe muy bien que más importante que las divergencias es el respeto por el hermano y la construcción de la fraternidad.

Los "fuertes" no pueden despreciar a aquellos que no piensan como ellos; y los "débiles" no tienen derecho a juzgar o catalogar a aquellos que tienen otra perspectiva en relación con la fe.

Es precisamente en este contexto en el que Pablo encaja los tres versículos que constituyen la segunda lectura de este Domingo.

2.2 Mensaje

Los versículos del 7 al 9 son, verdaderamente, el centro de la perícopa.

Fundamentalmente, Pablo recuerda a todos, a los "fuertes" y a los "débiles", que pertenecen al Señor: "En la vida y en la muerte somos del Señor" (v. 8). Eso es mucho más importante que las opiniones particulares acerca del camino a recorrer para alcanzar el objetivo común.

Los creyentes, antes de dejarse dividir y separarse por cuestiones verdaderamente secundarias -qué tipo de alimentos se deben comer, qué fiestas se deben celebrar, qué tipo de ayunos se deben realizar-, deben tener conciencia de lo esencial de la fe y de aquello que les une: Jesucristo, que murió y resucitó para dar a todos la misma vida.

La comunidad es una familia de hermanos, reunida alrededor del Señor.

2.3 Actualización

En la reflexión, tened en cuenta las siguientes cuestiones:

- Pablo es consciente de que hay varios caminos válidos para llegar a Cristo y a su propuesta de salvación. Esos caminos no sólo no se excluyen, sino que en su diversidad constituyen un factor de enriquecimiento de nuestra experiencia comunitaria.
  La comunidad tiene que ser consciente de que la diversidad no excluye, necesariamente, la unidad. Por eso, la comunidad cristiana no es el lugar de la intolerancia, de la incomprensión, de la falta de respeto por la diversidad de opiniones, de la uniformidad impuesta en nombre de la fe, sino que es el lugar del amor, del respeto por el otro, de la aceptación de las diferencias, del compartir, del perdón.
  A este respecto, ¿cómo clasifico a mi comunidad cristiana o religiosa?

- Existen, a veces, en las comunidades cristianas ciertas personas que se consideran más clarividentes, más preparadas y que desprecian a aquellos que tienen concepciones menos racionales de la fe, que viven atados a determinadas devociones o a determinados ritos considerados como ya superados.
  Pablo les recomienda: "no despreciéis a nadie; no olvidéis que lo único importante y decisivo es Cristo, a quien todos pertenecemos".

- Existen, a veces, en la comunidad cristiana ciertas personas que se consideran muy santas y virtuosas porque cumplen determinadas reglas, son fieles a determinados ritos y tienen siempre presentes los mandamientos de la santa madre Iglesia. Observan y controlan a los demás, juzgando sus opiniones y actitudes como indefendibles, condenándolos y creyéndose en el sagrado derecho de desacreditarlos ante los demás miembros de la comunidad.
  Pablo les recomienda: "no juzguéis ni condenéis a vuestros hermanos; no olvidéis que la única cosa importante y definitiva es Cristo, a quien todos pertenecemos".

- A veces nos perdemos en discusiones sobre cosas secundarias y olvidamos lo esencial. Discutimos si se debe recibir la comunión en la mano o en la boca, si se debe o no arrodillarse en la consagración, si determinado canto es litúrgico o no, si los sacerdotes deben o no casarse, si la procesión del santo patrono de la parroquia debe hacer este o aquel recorrido... y, en algún lugar de la discusión, olvidamos el amor, el respeto por el otro, la fraternidad, y que todos vivimos alrededor del mismo Señor.
  Es necesario descubrir lo esencial que nos une y no absolutizar lo secundario que nos divide.

Aleluya

Jn 13,34

Os doy un mandamiento nuevo
–dice el Señor -:
que os améis unos a otros, como yo os he amado.

EVANGELIO

No te digo que le perdones hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete

✞ **Lectura del santo Evangelio según San Mateo**
18, 21 - 35

En aquel tiempo,
acercándose Pedro a Jesús le preguntó:

– Si mi hermano me ofende,
¿cuántas veces le tengo que perdonar?
¿Hasta siete veces?
Jesús le contesta:
– No te digo hasta siete veces sino hasta setenta veces siete.

Y les propuso esta parábola:

Se parece el Reino de los Cielos a un rey
que quiso ajustar las cuentas con sus empleados.
Al empezar a ajustarlas,
le presentaron uno que debía diez mil talentos.
Como no tenía con qué pagar,
el señor mandó que lo vendieran a él con su mujer y sus hijos
y todas sus posesiones, y que pagara así.

El empleado, arrojándose a sus pies, le suplicaba diciendo:
– Ten paciencia conmigo y te lo pagaré todo.

El señor tuvo lástima de aquel empleado y lo dejó marchar,
perdonándole la deuda.

Pero al salir,
el empleado aquel encontró a uno de sus compañeros
que le debía cien denarios,
y agarrándolo lo estrangulaba diciendo:
– Págame lo que me debes.
El compañero, arrojándose a sus pies,
le rogaba diciendo:
– Ten paciencia conmigo y te lo pagaré.

Pero él se negó y fue y lo metió en la cárcel
hasta que pagara lo que debía.

Sus compañeros, al ver lo ocurrido, quedaron consternados
y fueron a contarle a su señor todo lo sucedido.

Entonces el señor lo llamó y le dijo:
– ¡Siervo malvado!
Toda aquella deuda te la perdoné porque me lo pediste.
¿No debías tú también tener compasión de tu compañero,
como yo tuve compasión de tí?

Y el señor, indignado,
lo entregó a los verdugos hasta que pagara toda la deuda.

Lo mismo hará con vosotros mi Padre del cielo
si cada cual no perdona de corazón a su hermano.

Palabra del Señor.

3.1. Ambientación

Continuamos leyendo el "discurso eclesial", que abarca todo el capítulo 18 del Evangelio según Mateo.

Este "discurso" tiene como punto de partida algunas "instrucciones" presentadas por Marcos sobre la vida comunitaria (cf. Mc 9,33-37.42-47), pero que Mateo amplió de forma significativa.

Los destinatarios del discurso son los discípulos. En realidad, Mateo pretende dirigirse, sobre todo, a los miembros de esa comunidad cristiana a quienes este Evangelio está destinado.

Por detrás del texto que se nos propone hoy, podemos entrever una comunidad donde las tensiones y los conflictos degeneran en ofensas personales y que tiene gran dificultad para perdonar.

3.2. Mensaje

El mandamiento del perdón no es nuevo, como vimos en la primera lectura. Los catequistas de Israel enseñaban a perdonar las ofensas y a no guardar rencor contra el hermano que había cometido cualquier falta.

Los "maestros" de Israel estaban, sin embargo, de acuerdo en que la obligación de perdonar existía únicamente en relación con los miembros del Pueblo de Dios (los enemigos estaban excluidos de esa dinámica de amor y de misericordia).

La gran discusión giraba, entonces, alrededor del número de veces que se debía perdonar. Todos, desde los más exigentes a los más misericordiosos, aceptaban, con todo, que el perdón tiene límites y que no se debe perdonar indefinidamente.

Es en esta problemática en la que Jesús envuelve a los discípulos. Pedro, el portavoz de la comunidad, consulta a Jesús acerca de los límites del perdón. Él sabe que, en cuanto a esto, Jesús tiene ideas radicales y, tal vez con alguna ironía, pregunta a Jesús si, en su perspectiva, se debe perdonar siempre: ¿"Hasta siete veces"?, v. 21 (el número siete, en la cultura semita, indica "totalidad").

Jesús responde que no sólo se debe perdonar siempre, sino de forma ilimitada, total, absoluta: "Hasta setenta veces siete", v. 22. Se debe perdonar siempre, a todos (incluso a los enemigos) y sin reserva alguna.

Es en este contexto y a propósito de cómo entender el perdón cuando Jesús propone a los discípulos una parábola (vv. 23-35).

La parábola se presenta en tres cuadros o escenas.

La primera escena *(vv. 23-27)*, nos sitúa en la corte: un funcionario real, a la hora de presentar las cuentas a su señor (probablemente de impuestos recibidos y nunca entregados), se revela incapaz de saldar su deuda. El señor ordena que el funcionario y su familia sean vendidos como esclavos; pero, ante la humillación y la sumisión del

siervo, el señor se deja vencer por sentimientos de misericordia y perdona la deuda. En esta escena, lo que impresiona más es el montante astronómico de la deuda: diez mil talentos (un talento equivalía a cerca de 36 Kg., que podían ser en oro o en plata. Diez mil talentos es, por tanto, una suma incalculable –360.000 Kg. de oro o plata-). La exageración de la deuda sirve, aquí, para poner de relieve la misericordia infinita del señor.

La segunda escena *(vv. 28-30)* describe cómo ese funcionario que ha experimentado la misericordia de su señor, se niega, más tarde, a perdonar a un compañero que le debía cien denarios (un denario equivalía a 12 gramos de plata y era la paga diaria de un operario no especializado. Cien denarios correspondía, por tanto, a una cuantía insignificante para un alto funcionario real -1,200 Kg. de plata-).

Cuando estas dos escenas son puestas en paralelo, sobresale, por un lado, la desproporción entre las dos deudas y, por otro, la diferencia de actitudes y de sentimientos entre el señor (capaz de perdonar infinitamente) y el funcionario real (incapaz de hacer suya la actitud de perdón, después de haber experimentado la alegría de ser perdonado).

La tercera escena *(vv. 28-35)* habla de esta diferencia de comportamientos y de lo que los compañeros del funcionario real, extrañados por su ingratitud, informaron al rey de lo sucedido; y el rey, escandalizado por el comportamiento de su funcionario, le castigó duramente.

Por encima de todo, la parábola es una catequesis sobre la misericordia de Dios. Muestra cómo, en la perspectiva divina, el perdón es ilimitado, total y absoluto.

Después, la parábola nos invita a analizar nuestras actitudes y comportamientos frente a los hermanos que yerran. Muestra cómo nuestra forma de actuar, muchas veces, está lejos de la actuación de Dios. Ante cualquier fallo del hermano (aunque sea poco significativo), tomamos la postura de víctimas y, muchas veces, asumimos actitudes vengativas que son el signo claro de que aún no hemos interiorizado la forma de ser de Dios.

Finalmente, la parábola sugiere que existe una relación (por otra parte ya afirmada en la primera lectura de este Domingo) entre el perdón de Dios y el perdón humano.

¿Mateo estará sugiriendo que el perdón de Dios está condicionado y que sólo se hará efectivo si aprendemos a perdonar a nuestros hermanos?

Lo que Mateo está queriendo decir, sobre todo, es que en la comunidad cristiana debe funcionar el criterio del perdón ilimitado: si esa es la forma de actuar de Dios, tendrá que ser la nuestra, también.

Lo que Mateo está sugiriendo, también, es que si nuestro corazón no late al ritmo del perdón, no habrá lugar en él para acoger la misericordia, la bondad y el amor de Dios.

Realizar la experiencia del amor de Dios transforma nuestro corazón y nos enseña a amar a nuestros hermanos, sobre todo a aquellos que nos han ofendido.

¿Dios pagará con la misma moneda y castigará a quien no sea capaz de vivir según la lógica del perdón y de la misericordia?

No. Claramente, el revanchismo y la venganza no forman parte de los métodos de Dios.

utiliza aquí, utilizando la fórmula semita, imágenes fuertes y dramáticas para subrayar que es urgente aprender a perdonar y que de ello depende la edificación de una realidad nueva, de amor, de comunión, de fraternidad, la realidad del Reino.

3.3. Actualización

Considerad los siguientes aspectos:

- El Evangelio de este Domingo trata sobre la necesidad de perdonar siempre, de forma radical e ilimitada.
  Se trata, todos somos conscientes, de una de las exigencias más difíciles que Jesús nos hace. Sin embargo no existen, en este campo, medias tintas, evasivas, disculpas: se trata de un valor fundamental de la propuesta de Jesús.
  Él dio testimonio, con gestos concretos, del amor, de la bondad y de la misericordia del Padre. En la cruz, él murió pidiendo perdón para los que le estaban matando. El cristiano es, ante todo, un seguidor de Jesús. ¿Personalmente, cómo me situó frente a esto?

- El perdón y la misericordia se tornan todavía más complicados a la luz de los valores que presiden la edificación de nuestro mundo.
  El "mundo" considera que perdonar es propio de débiles, de vencidos, de los que desisten de imponer su personalidad y su visión de las cosas.
  Dios considera que perdonar es cosa de fuertes, de los que saben lo que es verdaderamente importante, de los que están dispuestos a renunciar a su orgullo y autosuficiencia para apostar por un mundo nuevo, marcado por relaciones nuevas y verdaderas entre los hombres.
  En verdad, la lógica del mundo lo que consigue es alimentar la espiral de la violencia, de la injusticia, de la muerte; la lógica de Dios nos ayuda a cambiar los corazones y a fructificar en gestos de amor, de solidaridad, de diálogo y de comunión.
  ¿Para mí, cuál de estas dos propuestas tiene más sentido?
  ¿Cuál de estos dos caminos puede ayudar a instaurar una realidad más humana, más armoniosa, más feliz?

- ¿Qué significa, realmente, perdonar?
  ¿Significa ceder siempre ante aquellos que nos maltratan y nos ofenden?
  ¿Significa encogerse de hombros y pasar de largo cuando nos enfrentamos con una situación que causa muerte y sufrimiento a nosotros o a otros hermanos nuestros?

¿Significa "dejar correr" las cosas cuando no nos afectan directamente?
¿Significa pactar con la injusticia y la opresión?
¿Significa tolerar todo en un silencio hecho de cobardía y de conformismo?
No.
El perdón no puede ser confundido con la pasividad, con la alienación, con el conformismo, con la cobardía, con la indiferencia.
El cristiano, ante la injusticia y la maldad, no esconde la cabeza debajo del ala, fingiendo que no ha visto nada.
El cristiano no acepta el pecado y no se calla ante lo que es un error; pero no guarda rencor al hermano que erró, ni permite que los fallos destruyan la posibilidad del encuentro, de la comunión, del diálogo, del compartir.
Perdonar no significa encerrarse en un silencio ofendido o no asumir las responsabilidades en la construcción de un mundo nuevo y mejor; significa estar siempre dispuesto a ir al encuentro, a extender la mano, a reiniciar el diálogo, a dar otra oportunidad.

- Este Evangelio nos recuerda, tal vez de una forma más clara y concluyente, aquello que la primera lectura nos sugería: quien realiza la experiencia del perdón de Dios, se viste de misericordia que, necesariamente, tiene implicaciones en la forma de situarse ante los hermanos que fallan.
  No podemos decir que Dios no perdona a quien es incapaz de perdonar a los hermanos, pero podemos decir que experimentar el amor de Dios y dejarse transformar por él significa asumir otra actitud para con los hermanos, una actitud marcada por la bondad, por la comprensión, por la misericordia, por la acogida, por el amor.

SUGERENCIAS PRÁCTICAS
24º DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

1. La liturgia meditada a lo largo de la semana.

A lo largo de los días de la semana anterior al Domingo 24º del tiempo Ordinario, intentad meditar la Palabra de Dios de este domingo. Meditadla personalmente, una lectura cada día, por ejemplo. Elegid un día de la semana para la meditación comunitaria de la Palabra: en un grupo parroquial, en un grupo de padres, en un grupo de un movimiento eclesial, en una comunidad religiosa.

2. Testimonios de reentrada.

En ciertas parroquias, hay a veces la costumbre de preparar breves testimonios ofrecidos por miembros de la asamblea en el momento de los avisos. Podrían darse algunos breves testimonios (de aproximadamente un minuto cada uno) sobre actividades eclesiales en las que se haya participado durante el tiempo de verano. Intercalando, se podría cantar algún estribillo breve.

3. Oración en la lectio divina.

En la meditación de la Palabra de Dios, se puede alargar la acogida de las lecturas con una oración.

Al final de la primera lectura: *Padre de misericordia, te bendecimos por el largo aprendizaje para el perdón que has ofrecido a tu pueblo desde Moisés. Te alabamos por la pedagogía de la misericordia y por los mensajes de paz. Te pedimos por todos los pueblos sumergidos en el círculo infernal del odio del terrorismo, del rencor y de la venganza ciega.*

Al final de la segunda lectura: *Cristo resucitado, Señor de muertos y vivos, bendito seas por tu camino de Pascua: tú conociste la muerte, para librarnos de ella y hacernos compartir la vida nueva que manifestaste por tu resurrección. Te pedimos por todos los bautizados: de ofrecemos nuestra fe, nos adherimos a ti. Que tu espíritu nos haga vivir para ti.*

Al final del Evangelio: *Padre del cielo, Dios de la paciencia, tú que perdonaste nuestra inmensa deuda, bendito seas por el perdón que libera de las cadenas y libra de la desesperación. Te pedimos que tu Reino venga a nuestros corazones, que todas nuestras comunidades manifiesten la presencia de tu Reino en nuestra tierra, como un reino de paz, en el que el perdón se ofrece desde el fondo del corazón.*

4. Plegaria Eucarística.

Podría optarse por la Plegaria Eucarística IV, que recuerda las alianzas y las misericordias de Dios.

5. Palabra para el camino.

"Señor, ¿cuántas veces debo perdonar?
La respuesta de Jesús no tiene nada de matemáticas y el perdón que Él nos propone que demos a nuestros hermanos es ilimitado.
En esta semana, podríamos retomar el salmo 102 en la oración y dejarnos habitar, impregnar, modelar, por sus expresiones de ternura, de perdón, de amor, que nos revelan el Corazón de Aquel que nos invita a perdonar como Él nos perdona.

Salmo 102

¡BENDICE, ALMA MÍA, AL SEÑOR!

Bendice, alma mía, al Señor,
y todo mi ser a su santo nombre.
Bendice, alma mía, al Señor,
y no olvides sus beneficios.

El perdona todas tus culpas
y cura todas tus enfermedades;
el rescata tu vida de la fosa,
y te colma de gracia y de ternura;
el sacia de bienes tus anhelos,
y como un águila
se renueva tu juventud.

El Señor hace justicia
y defiende a todos los oprimidos;
enseñó sus caminos a Moisés
y sus hazañas a los hijos de Israel.

El Señor es compasivo y misericordioso,
lento a la ira y rico en clemencia;
no está siempre acusando
ni guarda rencor perpetuo;
no nos trata como merecen
nuestros pecados
ni nos paga según nuestras culpas.

Como se levanta el cielo sobre la tierra,
se levanta su bondad sobre sus fieles;
como dista el oriente del ocaso,
así aleja de nosotros nuestros delitos.

Como un padre
siente ternura por sus hijos,
siente el Señor ternura por sus fieles;
porque él conoce nuestra masa,
se acuerda de que somos barro.

Los días del hombre
duran lo que la hierba,
florecen como flor del campo,
que el viento la roza, y ya no existe,
su terreno no volverá a verla.

Pero la misericordia del Señor
dura siempre,
su justicia pasa de hijos a nietos:
para los que guardan la alianza
y recitan y cumplen sus mandatos.

El Señor puso en el cielo su trono,
su soberanía gobierna el universo.
bendecid al Señor, ángeles suyos,
poderosos ejecutores de sus órdenes,
prontos a la voz de su palabra.

Bendecid al Señor, ejércitos suyos,
servidores que cumplís sus deseos.
Bendecid al Señor, todas sus obras,
en todo lugar de su imperio.

¡Bendice, alma mía, al Señor!